

**MIGUEL SERVET ¿HETERODOXO?
CORRIENTES TEOLÓGICAS Y FILOSÓFICAS
EN EL CRISTIANISMO DEL SIGLO XVI**

ALFREDO LÓPEZ VALLEJOS

Profesor del Centro de “Estudios superiores Teológicos”
Arzobispado de Pamplona

La personalidad renacentista de Miguel Servet

Miguel Serveto o Servet, alias Revés, o también Miguel Villanovano, Villeneuve o Villanueva; nacido en Villanueva de Sijena del reino de Aragón, o también en Tudela del reino de Navarra; en 1511, o también en 1506, siempre según testimonios supuestamente fidedignos, a partir del propio interesado¹. Resulta un personaje apasionante, enigmático, desconcertante, exuberante, excesivo e inabarcable. Un auténtico representante del renacimiento y del humanismo de su tiempo.

Con gusto lo presentaríamos como figura emblemática de nuestro humanismo y renacimiento hispánico; pero su biografía, apenas si nos ofrece base para ello, ya que, como es bien sabido, salió de España en 1528, a los 17 años, para estudiar leyes en Tolousse y ya nunca más volvería a España.

La circunstancia histórica a comienzos del Renacimiento

Siempre que se trata de un personaje histórico y más, si cabe, para acercarnos y tratar de entender una personalidad tan compleja como

¹ Se trata de datos contradictorios, aportados por el propio Servet, en diversos momentos de su vida, con el objeto de ocultar su verdadera identidad, a lo largo de los diversos interrogatorios a que se vio sometido. En el proceso ante la Inquisición de la Viena francesa del Delinado, declara ser natural de Tudela; mientras que en su primera publicación, cuando todavía no existía ninguna acusación contra él, aparecía publicada su naturaleza aragonesa. En este mismo interrogatorio reconoce tener 42 años, y dos meses más tarde, en el interrogatorio de la inquisición ginebrina, declara tener 47.

la de Servet, resulta decisivamente esclarecedor situarlo en las circunstancias y coordenadas culturales e históricas del tiempo en que le tocó vivir.

Lo cierto es que nuestro Servet —prescindiendo de las conocidas imprecisiones respecto a la fecha y lugar de nacimiento, e incluso a datos de identidad propios, fáciles de comprender, en alguien que tuvo que vivir gran parte de su existencia, en la clandestinidad y tratando de pasar desapercibido— recibió una primera y sólida formación inicial, en la España del todavía llamado prerrenacimiento.

La España de comienzos del siglo XVI, cuando nace Servet, no es ya, ciertamente, una España medieval. El impulso cultural en nuestro país, a lo largo del siglo XV fue muy notable. Sea suficiente recordar que el ritmo de fundación de universidades se aceleró durante este siglo, llegándose a fundar 20 nuevas universidades entre 1400 y 1500; hasta el punto que a finales del siglo XVI llegaron a funcionar en España 32 universidades y unos 4.000 estudios de gramática.

Este poderoso renacimiento cultural manifestado en la formación de bibliotecas y fundación de universidades, estuvo, además, incentivado por la contemporánea invención de la imprenta. La revolucionaria aportación cultural de Guttenberg había tenido lugar hacia 1436, aunque no llegó a hacerse operativa hasta años más tarde, cuando en 1456 con el apoyo financiero de Juan Fust y Pedro Schoeffer, se publican en Maguncia los primeros incunables, con la Biblia de 42 líneas o Biblia Mazaraina. En cualquier caso, en España la primera imprenta ya aparece en Valencia, en el temprano 1474, y al año siguiente en Zaragoza². Inmediatamente se instalaron, también en Barcelona, Sevilla, Lérida, Mallorca, Salamanca, y Pamplona (1492), pudiéndose contabilizar unas 30, antes de finalizar el siglo.

² Todavía se mantiene en determinados ambientes, la disputa por esta primacía entre ambas ciudades. Serrano Sáez, *La imprenta de Zaragoza* es la más antigua de España, en *Revista de Archivos y Museos*, 1916; e Inocencio Ruiz Lasala, *Historia de la imprenta en Zaragoza*, con noticias de las de Barcelona, Valencia y Segovia. Zaragoza, 1975.

Tal era el ambiente cultural de su entorno, que cuando Servet entra, a sus quince años, al servicio de fray Juan de Quintana³, ha estudiado no sólo el latín y el griego, como corresponde a la esmerada formación de su ambiente familiar, sino que conoce también el hebreo, algo ya no tan frecuente, y bastante sintomático, de una nunca reconocida por el interesado, pero muy posible ascendencia judía. No perdamos de vista su segundo apellido materno: Zaporta, procedente de su abuela Beatriz, hermana de Gabriel Zaporta, conocido banquero judío de la época.

El renacimiento, en el que se sitúa la historia de Servet, se venía gestando largamente, y no deja de suponer un cambio muy determinante, en las condiciones de vida heredadas del medioevo. Cambio cultural, que va a provocar una transformación radical en las estructuras materiales y espirituales de la sociedad entera y del comportamiento de los individuos, con respecto a casi todas las realidades y que acabará manifestándose en una reforma generalizada en todos los planos de la vida: económicos, sociales, culturales y religiosos.

Nace Servet coincidiendo con el v concilio de Letrán (1512), que condena las tesis conciliaristas y significa el primer intento de reforma en la iglesia. Muere poco después de iniciado el segundo período del de Trento, en su sesión XIII (1545). Su vida transcurre, además, en el siniestro intervalo de un siglo, enmarcado entre dos hogueras inquisitoriales, emblemáticas históricamente; las que acaban con la vida de personajes tan representativos como: Girolamo de Savonarola en Florencia, en 1498, trece años antes del nacimiento de Servet, y la que consumió, cincuenta y siete años después de la muerte de nuestro protagonista, a Giordano Bruno, en el campo di Fiori de Roma en el año 1600. Tan insistente recurso a la sentencia del fuego inquisitorial, no pretende en modo alguno justificarla, sino tan sólo servirnos de referencia, para situarnos en las convulsas circunstancias de una época tan profundamente alterada y puritana como aquella.

³ Miembro de las Cortes de Aragón, moderado erasmista y futuro confesor del Emperador. Servet entra a su servicio, en calidad de secretario, y con él que tuvo oportunidad de viajar por Alemania e Italia, asistiendo incluso a la coronación del Emperador en Bolonia en febrero de 1530.

Situamos, de este modo, la biografía de Servet en un momento histórico, difícil y convulso como pocos, en una época crucial de la historia, de grandes innovaciones e intentos de clarificación; pero también de divergencias, antagonismos, exclusiones, de rupturas con el pasado y de obsesión por el descubrimiento de nuevos horizontes.

Contemporáneos de Miguel Servet

Pero, para mejor entender la doctrina teológica de Servet, y su supuesta heterodoxia, que, como veremos, a juicio de Calvino, le hará merecedor de la condena capital y de la hoguera, tendríamos que integrarlo, con mayor precisión todavía, como contemporáneo estricto de algunas personalidades de aquel tiempo: como la de nuestro histórico Bartolomé de Carranza (1503-1576), o la del incomprendido Nicolás de Copérnico (1473-1543); la del admirado y modelo de humanistas Erasmo de Rotterdam (1467-1536), o del atípico monarca y cabeza de Iglesia, Enrique VIII (1509-1547), o la del príncipe de los políticos, Nicolás de Machiavelo (1467-1527), el enigmático Paracelso (1493-1541), o el testimonial Tomás Moro (1478-1535).

Servet es contemporáneo también de personajes para nosotros tan conocidos, como Francisco de Javier, cuyas fechas biográficas (1506-1552) coinciden casi milimétricamente con las suyas, o la de Ignacio de Loyola (1441-1556); así como los grandes promotores de la Reforma: Martín Lutero (1483-1544) y su inseparable Felipe Melanchton (1497-1560); y con casi todos los principales reformadores de la segunda generación: como el predecesor de Calvino, Guillermo Farel (1489-1565) y los de Zurich y Basilea, Ulrico Zwinglio (1484-1531) y Johanes Hausschein, conocido como Ecolampadio (1482-1531), el declarado adversario de Lutero; también con Andreas Bodenstein, (1480-1540) maestro y amigo de Lutero, más conocido como Carlstadio (1480-1541). A todos ellos conoció, seguramente, por coincidir no sólo en fechas y lugares, sino, en lo que resulta más determinante, en estudios y dedicación vocacional⁴.

⁴ Algunos de ellos coincidieron, además, en los mismos ambientes estudiantiles de la universidad de París, o bien tuvieron ocasión de conocerse personalmente o de entrar en relación a lo largo de sus vidas.

Muy especialmente, y para su desgracia, coincide fatalmente, la biografía de Servet, con la personalidad del inevitable Juan Calvino (1509-1564), que llegará a convertirse en auténtica obsesión neurótica para nuestro homenajeado, ya desde los primeros contactos en la universidad de París. Resulta bien conocida la anécdota del frustrado desafío teológico programado entre ambos, ante testigos, el año 1534, que no llegó a realizarse porque Servet no acudió a la cita. Entonces comenzó a forjarse una visceral enemistad y recíproco rechazo de estos dos típicos representantes de la segunda generación de reformadores. Fue en 1553, con diecinueve años de retraso, cuando inexplicablemente, Servet, acude a aquella cita; pero esta vez lo hará en el feudo calvinista ginebrino, sin imaginar que esa obstinación suya, sería la que le condujese a un juicio inicuo y a la hoguera inquisitorial del reformador.

Personalidad humanística de Servet

Servet, hijo de su tiempo y de su circunstancia, constituye un fenómeno típico de hombre ilustrado, humanista, reformador religioso y en cierto modo destacado exponente de lo más selecto del alumbradismo de su época. En principio, la formación de Servet fue el derecho, es decir la norma; al menos con esa intención fue enviado a Tolousse, por su padre, notario en Sijena. Sin embargo, su dedicación vocacional fue la teología, es decir la reflexión sobre Dios, a la que dedicó, abiertamente primero y en la clandestinidad después, los años de su breve vida. Todo ello sin olvidar que su verdadera profesión fue la medicina, es decir la observación metódica y sistemática. La estructura de su pensamiento queda configurada por tres normas culturales: derecho, teología y medicina, bastante diferentes en sus métodos y objetivos, al menos en teoría: la norma, la reflexión y la observación. Los tres constituyen el universo cultural de una personalidad tan rica y compleja como la de Servet, que difícilmente podía resistirse a la fascinación renacentista, por todo tipo de conocimiento y de novedad.

El médico

Servet se nos manifiesta, fundamentalmente, como médico y como teólogo, y en ambas dimensiones resulta tan reconocido por una parte, como desdichada víctima por otra. Su decisiva aportación a la medici-

na, consiste en la primera descripción de la circulación pulmonar o menor de la sangre⁵. No deja de ser significativo que un descubrimiento científico y médico de tal alcance, aparezca descrito donde menos pudiera esperarse, en una obra de teología: *Christianismi Restitutio*, su escrito teológico más representativo, publicado justamente el mismo año de su muerte. En esta obra, menciona la circulación sanguínea, en el libro V, en su tratado sobre el Espíritu Santo. Y lo hace, pretendiendo demostrar la acción revitalizadora de la sangre, en la naturaleza humana: “El espíritu divino está en la sangre y el espíritu divino es la sangre o el espíritu sanguíneo”⁶.

Al igual que muchos comentaristas judíos de la Biblia, en su tiempo, considera, Servet, que el alma, emanación del espíritu divino, reside en la sangre o espíritu vital, como él la define. Pretende hacer ver, con su descripción de la circulación sanguínea, que su influjo vivificador, no se limita al corazón, sino que extiende por todo el cuerpo, en el amplio ámbito de su recorrido circulatorio.

Servet será conocido también como investigador científico en una especialidad, en buena parte relacionada con su especialidad médica, con su célebre tratado sobre los jarabes *Syruporum universa ratio*, publicado el 1537 y del que llegaron a hacerse cinco ediciones

⁵ Aunque, en honor de la verdad, fuera un médico árabe del siglo XIII nacido en Siria, Ibn An-Nafis, el primero en mencionar la circulación pulmonar en un libro titulado *Comentario sobre la anatomía del Canon de Avicena*, del cual no se tuvo noticia en Occidente hasta 1924. Casi al mismo tiempo que la descripción de Servet, otros dos médicos, el español Juan Valverde de Amusco y el italiano Realdo Colombo, llegan a conclusiones parecidas, el primero en una obra publicada en Roma: *Historia de la composición del cuerpo humano*, tres años después de la muerte de Servet, y el segundo: *De re anatómica*, tres años más tarde, en 1559. De todas formas fue el científico William Harvey, casi un siglo más tarde, en 1628, quien expuso la teoría científica moderna sobre la circulación de la sangre en el organismo, en su obra: *Exercitatio anatomica de motu cordis et sanguinis*.

⁶ “Para que adquieras un completo conocimiento del alma y del espíritu, voy a incluir aquí, una filosofía que entenderás con facilidad, si estás versado en anatomía... De la sangre consta la materia del alma, mediante una maravillosa trasvase que ahora vas a escuchar... Pero esta comunicación no se hace a través del tabique interventricular, como cree el vulgo, sino por un magno artificio desde el ventrículo derecho del corazón es impulsada por un largo recorrido a través de los pulmones. En ellos se torna rojiza y es trasvasada, desde la vena arteriosa pasa a la arteria venosa mezclándose con el aire inspirado en el pulmón y por el aire inspirado se limpia de toda impureza”, (*Christ. Rest.* 169-171).

en once años.⁷ En esta obra menciona más de cincuenta fármacos para la regulación intestinal y demuestra poseer un bagaje farmacológico fuera de lo común, que dio pie a que su autor, pudiera ser considerado por algunos, como el iniciador de la farmacología moderna.

El teólogo

La faceta del teólogo, de autodidacta, más bien, en la reflexión teológica, aparece como consecuencia casi obligada de su circunstancia personal e histórica; de su temprano conocimiento de las ciencias bíblicas, y del ambiente humanista e iluminado de los primeros reformadores, en que comenzó a moverse desde su recién iniciada juventud. Conjunto de circunstancias que le llevarán a sentirse, también él, elegido para ser protagonista de la Reforma, puntualizando y corrigiendo nada menos que la idea sobre Dios, que la iglesia había elaborado y mantenido durante catorce siglos.

No puede olvidarse, que por circunstancias del todo excepcionales, a Servet le tocó ser testigo directo, formando parte del séquito de Carlos V, de momentos históricos tan cruciales, como el de la Dieta de Augsburgo en Junio de 1530, pocos meses después de asistir a la misma coronación del emperador, todavía como secretario de fray Juan de Quintana, del que se emanciparía ese mismo año. El rechazo que le produjo, a sus dieciocho años, el fasto desmesurado y la apoteosis ceremonial, de la coronación imperial, en Bolonia, de manos de un papa como Clemente VII, queda perfectamente reflejado, más de veinte años más tarde, como telón de fondo, en la mencionada obra⁸.

⁷ Esta obra representa un estudio muy completo sobre las tisanas medicinales; pero, a su vez, constituye un violento alegato contra la medicina tradicional, y el galenismo arabizado arraigado en su tiempo. Aparece escrita con la intención de “restituir el arte curativo a su primitivo esplendor, liberarlo del yugo de las falanges sarracenas..., y expurgarlo de aquello con lo que lo habían mancillando las corruptoras sordideces de los bárbaros”.

⁸ “Con mis propios ojos pude ver yo mismo, cómo le llevaban con pompa sobre sus hombros los príncipes, haciendo con la mano el signo de la cruz, y cómo lo adoraba todo el pueblo, de rodillas, a lo largo de las calles. Llegaban al extremo de que quienes podían besarle los pies o las sandalias, se consideraban más afortunados que los demás y proclamaban que habían obtenido numerosas indulgencias, gracias a las cuales les serían reducidos largos años de sufrimientos infernales. ¡Oh, bestia, la más vil de las bestias, la más desvergonzada de las rameras!” (*Chris-*



Fastos de la Coronación de Carlos V como emperador.

Es en esa circunstancia histórica excepcional, del nacimiento de la Reforma, donde debió conocer a Melancton, Bucero, Capito y Ecolampadio. Por tanto, la vocación de teólogo y en cierto modo de reformador, será la primera en manifestarse en la vida de Servet; aunque sea esta faceta, a la que dediquemos la segunda parte de esta exposición, en la que nos planteamos, precisamente, la heterodoxia de sus planteamientos teológicos⁹.

El humanista

Pero la personalidad de un humanista como la de Servet, no se agota en los límites, por otra parte tan amplios, como la teología y la medicina. En 1535 los hermanos Treschsel le encargan una nueva edición de la Geografía de Ptolomeo¹⁰. Y Servet se nos revelará, todavía, como

tianismi Resstitutio). A este rechazo hacia la figura del Papa, se uniría indudablemente el rechazo hacia la figura de Carlos V, rey de España, a quien en los comienzos de su reinado, sólo podía ver como un extranjero, recién llegado de Alemania, sin apenas poder expresarse en español; que correspondía a la actitud de gran parte de la sociedad española, como se manifestó en los enfrentamientos de los Comuneros de Castilla.

⁹ Con apenas veinte años, ya había publicado en la pequeña localidad de Hagenau, en Alsacia, su primera obra: *De Trinitatis Erroribus, Libri Septem*, sin lugar ni fecha de edición. En ella aparece ya, su convencido rechazo de que Jesucristo, aunque Hijo de Dios, sea Dios exactamente igual que el Padre. Afirmación que posiblemente no considerase opuesta a la tradición, puesto que la publica todavía con todos los datos de su identidad, *Per Michaelem Serveto, alias Reves, Ab Aragonia, Hispanum, 1531*, pero que provoca el escándalo unánime de todos los reformadores. El primer escrito confesional de la primitiva iglesia luterana, del año anterior, afirmaba en la Confesión de Augsburgo: “Nuestras iglesias enseñan en perfecta unanimidad, la doctrina proclamada por el Concilio de Nicea: a saber, que hay un solo Ser Divino, que llamamos y que realmente es Dios. Asimismo que hay en él tres personas, igualmente poderosas y eternas: Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo, todos los tres un solo ser divino, eterno, infinito, todopoderoso, conservador de todas las cosas visibles e invisibles”. Sin embargo, nuestro Servet cuando al año siguiente publica su *Diálogorum de Trinitate. Libri Duo. De Iustitia Regni Christi. Capitula Quatuor*, no rectifica lo más mínimo sus afirmaciones, sino que se ratifica puntualmente en todas ellas. Ambas publicaciones serán ya las últimas que haga con su verdadero nombre, en lo sucesivo lo hará siempre amparándose en la nueva identidad de Miguel de Villanueva, natural de Tudela.

¹⁰ Ilustre sabio alejandrino del siglo II, en su obra, considerada modélica en su tiempo y durante los siglos posteriores, se describían, a su modo, las principales ciudades del mundo entonces conocido. Supuso el punto de partida de la geografía científica, lo mismo que la obra de Aristóteles lo fue para la lógica o la de Pitágoras para la geometría. Hasta que en 1409 Giacomo D’Angelo publicó una transcripción latina del texto ptolemaico, no existía ninguna traducción latina de la Geografía de Ptolomeo. La edición anotada de Servet, rectifica esta versión, mediante “colaciones” con diversos manuscritos griegos.

notable especialista en este faceta del saber. En su edición, hace una auténtica revisión de las anteriores ediciones existentes: elimina errores tanto geográficos como de contenido, calcula distancias, enmienda datos de longitud y latitud en los mapas, etc. Sirviéndose de su gran erudición histórica, así como de sus conocimientos del latín y griego, sustituye con nombres modernos en francés, alemán, español e italiano, las antiguas regiones, ciudades y accidentes geográficos. Incluye, así mismo, una sabrosa serie de glosas y comentarios sobre diversos países; ello hace que esta obra pueda ser considerada como el verdadero inicio de la geografía comparada y científica moderna. De esta obra ya se hicieron diversas ediciones en vida de Servet.

El controvertido teólogo, el innovador médico, el geógrafo insigne, el decidido investigador, con representar, solamente ellas, facetas tan densas y polifacéticas, no agotan, sin embargo, toda la increíble personalidad de Servet. Figurará, además como prolífico exegeta de textos bíblicos¹¹, y como gramático, y traductor, así como corrector de pruebas de imprenta (responsable de edición, diríamos hoy). Actividades complementarias, en las que también destacó y que le supusieron el medio de subsistencia, durante los años de su formación académica.

Resulta menos conocida la faceta de Servet como astrólogo. Se remonta a 1533, cuando, refugiado en París, se dedica al estudio de la medicina, mientras busca el anonimato, a causa de la reacción provocada por sus primeras publicaciones sobre la Trinidad. Durante este tiempo imparte un curso sobre astrología judiciaria¹², y escribe su *Apologetica*

¹¹ En el año 1540 se le encomendó la edición de la Biblia latina del ilustre hebraísta Sanctes Pagnini, publicación que le llevó cuatro años y que apareció en siete volúmenes, con el título de *Biblia sacra cum glossis*. Esta obra le supuso a Servet un paso más en el camino de la heterodoxia, al que parecía predestinado desde sus primeras publicaciones. En ella rompiendo con la tradición escolástica, rechaza todos los sentidos de la Escritura excepto el histórico y de estricta interpretación literal.

¹² La astrología se identificaba entonces, en determinados ambientes, con la astronomía; mientras que la astrología judiciaria o predictiva, estaba mucho más vinculada a la magia o a las prácticas curativas heterodoxas, por el supuesto determinismo astrológico, que establece una analogía inexorable entre los fenómenos del macrocosmos y del microcosmos. Muchos médicos utilizaban la astrología en sus prácticas diagnósticas, identificando determinadas partes del cuerpo humano con los signos del zodiaco para que las sangrías e intervenciones se realizaran bajo las constelaciones favorables. De tal manera se consideraba determinante esta influencia astrológica, que ha dejado su etimología en la denominación italiana, “influenza”, con que se

disceptatio pro astrología, que aparece con su nueva identidad de Miguel de Villanueva.

Además, durante los únicos doce años relativamente tranquilos de su vida, desde 1541 a 1553, que los pasó en la Viena francesa, bajo la protección del arzobispo Palmier, pudo publicar en Lyon, otras dos obras relacionadas con su profesión médica: una nueva edición del *Dioscórides*, del que llegaron a hacerse siete ediciones y un *Enchiridion* o Manual de recetas médicas¹³.

Por si todo ello no fuera suficiente, también se le conoce a Servet como matemático e ingeniero. De hecho, una vez integrado en la vida municipal de la Viena del Delfinado, después de conseguir la ciudadanía francesa, comienza a desempeñar cargos públicos. Así aparece en repetidas ocasiones en los archivos del Consejo Municipal, como asesor del de la corporación municipal; y no sólo en materias sanitarias, sino que aparece igualmente consultado en cuestiones técnicas, como para la construcción de un puente; aportando una opinión muy ponderada sobre cálculos de resistencias y altura y empuje de las aguas.

Dimensión heterodoxa de Miguel Servet

Personalidad teológica

Posiblemente el aspecto más admirable en la consideración de nuestro personaje, esté en el reconocimiento de su temprana erudición teológica. A sus diecinueve años, que es cuando publica sus primeras elaboraciones sobre la Trinidad, en las dos obras consecutivas, de los años 1531 y 1532, Servet ya está familiarizado, no sólo con la teología, sino

conoce a la gripe. Durante su curso, Servet predijo un eclipse en Marte para el 13 de febrero de 1538, que efectivamente tuvo lugar en la fecha indicada; pero él asoció el fenómeno, con el anuncio de pestilencias y catástrofes. Es esta misma época, cuando imparte clases, en el colegio de Lombardos, de Cálculo, Matemáticas, Astronomía y Geografía.

¹³ Pedanius Dioscórides es un médico griego del siglo II, que ejerció su profesión de cirujano en los ejércitos de Roma, bajo los imperios de Claudio y Nerón. De sus profundos conocimientos sobre botánica y farmacología queda el testimonio de su célebre obra *De Materia Medica*, que constituye el más importante tratado médico de la antigüedad, de la que todavía se hizo una edición latina en 1478. Los doctores tudelanos Javier González Echeverría y su esposa Teresa Ancín Chandia, han investigado recientemente sobre la edición servetiana de esta obra.

también con los textos patrísticos disponibles en su tiempo¹⁴, a un nivel que resulta, cuando menos insólito.

Resulta asombrosa la amplitud de sus lecturas. Lo mismo cita a San Agustín, que a Ricardo de San Víctor, o a Occam, por no citar sino a los considerados, precisamente, como representantes, de las tres principales escuelas de pensamiento sobre la Trinidad: la de los siglos IV-V, que afirma, se trata de una doctrina conocida sólo por revelación, como aparece implícitamente en la Escritura; la medieval, que entiende la doctrina sobre la trinitaria puede ser demostrada, basándose en el pensamiento neoplatónico de un Dios en su dinamismo incontenible y autodifusivo; y la escuela tardo medieval que en la doctrina sobre la Trinidad, desiste tanto de la demostración como de la explicación, y se limita a apelar a la autoridad de la iglesia, en la actitud fideísta típica del nominalismo.

Posee Servet, como hemos visto, una amplia cultura, típica de los humanistas del Renacimiento; pero en una síntesis de pensamiento, bastante desestructurada y no suficientemente sistematizada, al menos en los ámbitos filosófico y teológico. Sin embargo, siente una fascinación casi irresistible, hacia esa dimensión especulativa y trascendente y de un modo particular a la confrontación teológica. Una especie de vocación innata de reformador religioso, en parte propiciada por el ambiente en el que transcurre el comienzo de su vida y que provoca en él una conciencia de definidor de la fe cristiana y unas irreprimibles ansias reformadoras.

Conoce, por ejemplo, Servet, la doctrina de *Las sentencias*, de Pedro Lombardo, texto obligado en la teología escolástica medieval, donde se afirma que la doctrina trinitaria, está avalada en cada una de las páginas de la Escritura. Servet, rechaza esta doctrina, y desde su primera pu-

¹⁴ Aunque resulta también obligado el reconocer que la perspectiva patrística de la que dispone en aquel momento histórico preciso, era todavía muy limitada, en confrontación con las investigaciones y publicaciones que irán apareciendo a partir, justamente, del siglo XVI. Clemente de Alejandría, por ejemplo, aparece, por vez primera en griego en 1550; el propio Servet se había lamentado especialmente de no tenerlo a disposición para poder consultarlo. Las obras de S. Justino aparecen publicadas un año antes de su muerte; Servet tan sólo las conoció por citas de S. Ireneo; por no citar sino lo más conocidos representantes de la doctrina trinitaria del siglo II, juntamente con los llamados, teólogos capadocios: S. Basilio, S. Gregorio de Nisa y su homónimo nacianceno, del siglo V.

blicación sobre la Trinidad, afirma que en toda la Escritura, no se encuentra ni una sola palabra acerca de la Trinidad; que en ella, lo único que aparece con rotundidad, es la existencia de un solo Dios, el Padre, y de su Cristo, el Señor Jesús. Nada sobre la esencia, ni sobre la sustancia, o las naturalezas de los varios seres divinos, ni sobre lo que él denominará, como otra clase de delirios.

Sin embargo, como aspecto característico de la personalidad de nuestro personaje, habría que destacar que así como Lutero y los iniciadores de la Reforma, acaban siendo reformadores, como resultado de su elaboración teológica; el caso de nuestro Servet es diferente. Él, a diferencia de aquellos, se siente legitimado para afirmar su personalidad y condición de teólogo, a partir de su ímpetu reformador y de una visión puritana de la realidad eclesial. Aquellos parten de un poderoso sistema de pensamiento, desde principios teológicos mantenidos como irrenunciables: como la “sola fides”, fundamento de la justificación luterana; o el “solus Deus”, en la base del sentido de la trascendencia y de la predestinación calvinista, y la “sola scriptura”, común a ambos y a todos los reformadores, que les conducirá al libre examen. Son los soportes ideológicos, que provocan la condición de reformadores, tanto en Lutero como en Calvino, y que les obligan, casi a su pesar, a convertirse en iniciadores de nuevas iglesias.

En Servet, por el contrario, no resulta fácil encontrar un soporte ideológico suficiente, que sustente su decidida vocación de reformador. Tan sólo un irresoluto antitrinitarismo, mantenido con tanto ardor como dudosa coherencia teológica, aparece como su señal de identidad más representativa. En esta doctrina, mantenida contra todos, con inusitado ardor polémico¹⁵, afirma su personalidad como pensador e ini-

¹⁵ En la *Apología a Melanchton*, utiliza una terminología, cuando menos inapropiada, referida a la fe trinitaria, como cuando le dice: “Estáis soñando y totalmente borrachos, quienes os imagináis un Dios distinto. ¿A qué monstruo es al que invocas? ¿Qué cancerbero de tres cabezas? Si me hablas de tres personas y de tres sustancias, trigémino sería Dios. ¿No serás tú el impostor, el mentecato y el fanático?” Y en las treinta cartas a Calvino, afirma: “Estáis en un gran error, cuya causa te diré en pocas palabras, si quieres escucharme. Leyendo que Cristo estaba junto a Dios, y oyendo que se le atribuye generación divina, los sofistas metafísicos se vieron obligados a imaginar ese otro Hijo invisible. Desde él dieron el salto a una tercera entidad distinta. Se trata de la tricéfala ilusión del dragón que a instancias del reino del Anticristo, se introdujo furtivamente entre los sofistas. ¿Pero no has leído sobre el espíritu del dragón y el espíritu de la bestia, y el espíritu del pseudoprofeta, de esos tres espíritus. De verdad, esos son los tres espíritus diabólicos de los que están poseídos quienes reconocen a la Trinidad de la Bestia”. (carta segunda).

ciador, o cuando menos repristinador de una antigua corriente de pensamiento originada en los primeros siglos cristianos. Sin embargo, por paradojas de la historia, Servet, cuya condición de teólogo quedará supeditada a la de reformador, será condenado, fundamentalmente, como hereje; mientras que en su dimensión de reformador, apenas si será reconocido, y escasamente encontrará seguidores.

Parece que Servet inició el curso de su especulación trinitaria, contrastando su formación escolástica, con el principio de la “sola Scriptura”, fundamento incuestionable de todo reformador, con el añadido, en su caso, de no admitir sino las versiones originales hebrea y griega; y sin valorar en modo alguno, toda la reflexión plasmada en la tradición secular de la Iglesia. Nuestro personaje estaba convencido de que la doctrina sobre la Trinidad, estaba fundamentada sobre meras falacias. El principio dogmático que los escolásticos consideraban misterio insondable, él lo califica de absurdo insostenible.

En cierto modo, no le faltaba razón, al afirmar que la Trinidad no parece reflejada en las fuentes bíblicas, puesto que la terminología, evidentemente, no forma parte del Kerygma primitivo. Sin embargo, lo que no tiene en cuenta es que el concepto que expresa la doctrina trinitaria, constituye una verdad central de la fe cristiana, afirmado desde sus mismos orígenes. Doctrina, que no es sino el resultado de la elaboración teológica, que se remonta a los siglos II y III, y que responde a la necesidad de afirmar la divinidad de Cristo, en primer lugar, y posteriormente del Espíritu. Confesión de divinidad, que nuestro Servet nunca rechazó.

Reformismo anticalvinista

A su decidida vocación reformadora, contribuyeron diversas circunstancias. En primer lugar, su formación inicial en las lenguas clásicas, incluido el hebreo, que le permite el acceso directo a los textos bíblicos. Para acabar de decidir su vocación teológica, habría que añadir la decisiva influencia de los numerosos contactos personales que mantuvo, desde los primeros momentos de la Reforma, con sus figuras más representativas, de la primera y segunda generación.



Biblia políglota 1517, del Cardenal Cisneros.

Nuestro protagonista se expresa, desde sus primeras manifestaciones de juventud, con la suficiencia y la seguridad de quien se siente en posesión de las claves de la verdad. No puede negarse, en su carácter, una cierta dosis de fanatismo, propia de todos los iluminados, como lo calificaron, desde un principio, diversos interlocutores, con los que se relaciona¹⁶.

Con estos antecedentes y circunstancias vitales, no resulta extraño que aparezca en Servet una marcada conciencia mesiánica, por lo menos de elegido por Dios¹⁷, para la “Restauración del Cristianismo”¹⁸, y

¹⁶ Así aparece calificado, en las más tempranas referencias que conocemos sobre él, como la correspondencia que mantienen Zwinglio y Ecolampadio hacia 1530, en la que el reformador de Zúrich, pone en antecedentes al de Basilea, advirtiéndole: “Ten cuidado, porque la falsa y perniciosa doctrina de ese español es capaz de minar los fundamentos de nuestra cristiana religión... Procura traerle con buenos argumentos a la verdad. Ya lo he intentado, le responde Ecolampadio, pero es tan altanero, orgulloso y disputador, que nada se puede conseguir con él”. *Epistolae Ioannis Oecolampadii et Huldrici Zuinglii*. Basilea, 1536.

¹⁷ Ya que resultaría imposible hablar de predestinado, término absolutamente contradictorio con sus presupuestos teológicos, y uno de los aspectos, el de la predestinación, en los que más directamente se opuso a las especulaciones de Calvino a propósito de su cautiva libertad; manifestándose, en cambio, como decidido defensor de la libertad humana y del libre albedrío (Carta XXII, *Epistole triginta*)

¹⁸ Resulta significativo y suficientemente expresivo el título de su obra más representativa y definitiva, *Christianismi Restitutio* de 1553. Manifiesta, por una parte, la pretensión de restablecer el cristianismo conforme a su pureza original, presuntuosa pretensión de todos los reformadores a lo largo de la historia de la iglesia; mientras que, por otra parte, la *Restitutio* servetiana, aparece en evidente antagonismo y confrontación con la obra de Calvino: *Christianae Religionis Institutio*, *Institución de la religión cristiana*, publicada, en su primera edición latina, en 1536, revisada por tercera vez, el mismo año de la muerte de Servet y de las que se siguieron haciendo diversas ampliaciones y ediciones, también en francés e inglés, hasta la definitiva edición de 1559. El título completo de la obra de Servet, dice así: *Christianismi Restitutio, Totius Ecclesiae Apostolicae est ad sua limina vocatio, in integrum restituto cognitione Dei, Fidei Christi, iustificationis nostrae, regenerationis baptismi, et coenae domini manducationis. Restituito denique nobis regno coelesti, Babylonis impiae captivitate soluta, el Anticristo cum suis penitus destructo. Restauración del cristianismo*. “Convocatoria a toda la Iglesia apostólica a volver a sus orígenes, a restituir íntegro el conocimiento de Dios, de la fe en Cristo, de nuestra justificación, de la regeneración bautismal, de la cena del Señor; a restituírnos, por fin, el reino celestial, a disolver la cautividad de la impía Babilonia, a destruir del todo al Anticristo y a sus secuaces”. Tan ampuloso título, es la única referencia, en aquella obra publicada, sin autor, ni editor, ni localización de impresión. Tan sólo acompañaban el título de portada, unas enigmáticas citas bíblicas en hebreo y griego, tomadas de Daniel 12,1 y del Apocalipsis 12,7 respectivamente. Ambas resultan clarificadoras, para quien quisiera entender: “Y entonces surgió Miguel, el gran príncipe,” dice la primera, y añade la segunda: “Y se desató una lucha en el cielo”. En la publicación; Servet tuvo la osadía de incluir la corres-

de una nueva interpretación de la Escritura, con la consiguiente rectificación de las verdades fundamentales del dogma cristiano. Servet se considera, también él, un restaurador del cristianismo, conforme a sus primigenias esencias¹⁹.

No puede consentir que Calvino, con quien coincidió en las aulas de la universidad de París, y a quien, entonces, consideraba con una preparación y un bagaje de conocimientos muy inferior a los que él posee, y como un recién llegado a las tareas de la Reforma, pretenda erigirse en reformador del cristianismo. Todavía menos podrá entender, más tarde, el reconocimiento e incondicional sumisión de sus seguidores, así como su indiscutible poder de convocatoria, y el absoluto dominio que ejerce sobre la ciudad de Ginebra. Desde que en 1534, con su inexplicada ausencia, quedase pendiente el público debate teológico parisino, parece pesar sobre Servet, como un secreto anhelo de confrontación con Calvino. Ya en 1546, le envía un ejemplar manuscrito de su obra definitiva, *Christianismi restitutio*, seguido de la larga serie de las *Treinta cartas a Calvino*²⁰.

Si en Servet, parece evidenciarse una fijación mental con respecto a las doctrinas de Calvino, con las que se confronta, a las que ridiculiza tantas veces, y precisa, y corrige, en un permanente antagonismo con el reformador ginebrino, que se prolongó durante toda su vida, desde la frustrada confrontación de París, en 1534, no parece menor la obsesión de

pondencia que desde 1547, había mantenido con Calvino sobre estos temas: *Epistolae triginta ad Ioanem Calvinum Genevensium concinatioem. Treinta cartas a Juan Calvino, predicador de los Ginebrinos*. Correspondencia que comprometía al Calvino y de cuya publicación se sirvió el reformador de Ginebra, para descubrir la verdadera identidad del autor de aquella correspondencia, cuyos originales pudo aportar como prueba de la autoría de Servet.

¹⁹ Desde cuando publica, a sus veinte años, sus dos controvertidas obras sobre la Trinidad, manifiesta ya una gran autosuficiencia y una conciencia totalmente poseída de sí mismo, considerándose como exclusivo punto de referencia en su búsqueda de la verdad; hasta el punto de afirmar: “Nec cum istis, nec cum illis in omnibus consentio aut dissentio: omnes mihi videntur habere partem veritatis et partem errores”. *Dialogorum de Trinitate*.

²⁰ El 13 de febrero de ese año de 1546, Calvino en una carta dirigida a Farel le dice: “Servet me ha remitido un enorme volumen con sus fantasías, advirtiéndome además con una increíble desfachatez, que en él encontraría maravillas inauditas. Se me ofrece incluso a venir a Ginebra para explicármelas, si lo considero necesario; pero no quiero comprometerme a ello, ya que si llegase a venir, no permitiría, a poco que lo permitiera mi autoridad, que saliera vivo de aquí”.



"Biblia sacra ex Santis Pagnini", 1542.

Calvino con respecto a Servet, que persiste incluso, más allá de su muerte en la hoguera, perpetuando, con ello, su memoria. Así aparece en las reiteradas y expresas alusiones que aparecen a Servet, en las páginas de la *Institución de la Religión Cristiana*²¹, en su edición definitiva de 1559.

Características de su pensamiento teológico

Los condicionantes últimos de la elaboración teológica de Servet, habría que situarlos en su neoplatonismo filosófico y por lo que res-

²¹ Cita Calvino a Servet, haciéndose eco ampliamente de su doctrina, como en un intento de justificar la gran reacción contraria que produjo su ejecución, bajo su autoridad y dominio en Ginebra. Por ejemplo: “Mas, como quiera que en nuestro tiempo han aparecido ciertos espíritus frenéticos, como Servet y otros, que todo lo han perturbado con sus nuevas fantasías, es necesario descubrir, en pocas palabras, sus engaños. Para Servet, ha resultado tan aborrecible y detestable el nombre de la Trinidad, que ha llegado a afirmar que son ateos todos los que él llama “trinitarios”. No quiero citar las desatinadas palabras que inventó para llenarnos de injurias. El resumen de sus especulaciones consiste en dividir a Dios en tres partes, al decir que hay en Él tres Personas subsistentes en la esencia divina, y que esta Trinidad era una fantasía por ser contraria a la unidad de Dios. Él pretendía que las Personas fuesen ciertas ideas exteriores, que no residan realmente en la esencia divina, sino que representen a Dios de una u otra manera; y que al principio no hubo ninguna cosa distinta en Dios, porque entonces lo mismo era el Verbo, que el Espíritu; pero que desde que Cristo se manifestó Dios de Dios, se originó también de Él otro Dios, o sea, el Espíritu. Y aunque él ilustre a veces sus desvaríos con metáforas, como cuando dice que el Verbo eterno de Dios ha sido el Espíritu de Cristo en Dios y el resplandor de su idea; y que el espíritu ha sido sombra de la divinidad, sin embargo, luego reduce a nada la deidad del Hijo y del Espíritu, afirmando que, según la medida que Dios dispensa, hay en uno y en otro cierta porción de Dios, como el mismo Espíritu estando sustancialmente en nosotros, es también una parte de Dios, y esto aun en la madera y en las piedras. Pero esa monstruosidad de que, Persona, no es otra cosa que la forma visible de Dios, no necesita larga refutación. Pues, como quiera que san Juan afirma que antes de que el mundo fuese creado, el Verbo era con Dios (Jn.1,1), con eso lo diferencia de todas las ideas o visiones; pues si entonces y desde toda la eternidad aquel Verbo era Dios, y tenía su propia gloria y claridad en el Padre (Jn.17,5), evidentemente no podía ser resplandor exterior o figurativo, sino que por necesidad se sigue que era una hipóstasis verdadera que subsistía en Dios, como sueña Servet. Pero él se ve forzado en otra parte, a descubrir más claramente su impiedad, diciendo que Dios, determinado con su razón eterna tener un Hijo visible, se mostró visible de este modo. Porque si esto fuere cierto, Cristo no tendría divinidad, más que porque Dios lo constituyó como Hijo por su eterno decreto. Y aún hay más, y es que los fantasmas que pone en lugar de las Personas, de tal manera los transforma, que no duda en imaginarse nuevos accidentes en Dios. Pero lo más abominable de todo es que revuelve confusamente con todas las criaturas tanto al Hijo como al Espíritu Santo. Porque abiertamente confiesa que en la esencia divina hay tres partes y participaciones, de las cuales cualquier mínima parte es Dios; y sobre todo dice que los espíritus de los fieles son coeternos y consustanciales con Dios; aunque en otro lugar atribuye deidad sustancial, no solamente a las almas de los hombres, sino también a todas las cosas creadas”. *Christianae Religionis Institutio*, libro I, capítulo XIII, 22.

pecta a la teología, en los planteamientos anabaptistas. Muy difundidos ambos, en los medios culturales en los que se movió nuestro protagonista.



Parte de "De trinitatis erroribus".

Servet participa plenamente de esta concepción filosófica; se abre a la dimensión trascendente, a través de los planteamientos platónicos, de la distinción entre el mundo de la ideas y el de las realidades materiales, en medio de los cuales se sitúa el hombre participando de ambas dimensiones; pero esta concepción platónica, la asume desde la visión plotiniana, en que el mundo de las ideas se sustituye por el Uno absoluto y trascendente; en la que el Uno aparece como la fuente primera de toda realidad y el fin último de todo ser, la razón absoluta del pensamiento, de la vida y del orden cósmico, a partir del cual se producen una serie de emanaciones divinas graduales. Una concepción en el que solamente lo invisible corresponde a la realidad y en el que la intuición representa el paradigma del conocimiento perfecto.

La doctrina trinitaria aparece, desde la reflexión cristiana más primitiva, como obligada consecuencia de compaginar dos fidelidades. Tanto la una como la otra, resultaban igualmente irrenunciables, en la fe de los orígenes de la iglesia. Por una parte, el dato bíblico incuestionable, del monoteísmo (monarquianismo, según su denominación originaria), por otra parte, la evidencia que se le impone, de confesar la divinidad de Cristo. Del compaginar ambas realidades, nace el proceso de elaboración teológica de la doctrina trinitaria, que se desarrolló desde los mismos orígenes.

Nuestro Servet, se encuentra, también, frente a la misma aporía teológica. Lo definitivo, es que en modo alguno, tampoco él, está dispuesto a renunciar a la confesión de la absoluta unicidad de Dios, tan evidentemente afirmada en las escrituras; y sin embargo, tampoco rechaza el reconocimiento la divinidad del Hijo y del mismo Espíritu. Nunca podrá acusarse, con verdad, a Servet de arrianismo. Pretende compaginar ambas realidades, sin reconocer la contradicción que ello supondría, de no admitir algún tipo de elaboración conceptual y terminológica, una determinada doctrina teológica, como la elaborada desde los orígenes y expresada en la tradición eclesial.

Servet se obstina en afirmar que no resulta racional la elaboración eclesial de la doctrina trinitaria, por considerar que niega o contradice, el dato revelado determinante, del monoteísmo profesado por la fe cristiana. Define las afirmaciones trinitarias de absurdo insostenible. Pretende situarse en la objetividad de un supuesto racionalismo, como norma exclu-

DIALOGO=
RVM DE TRINITATE
LIBRI DVO.

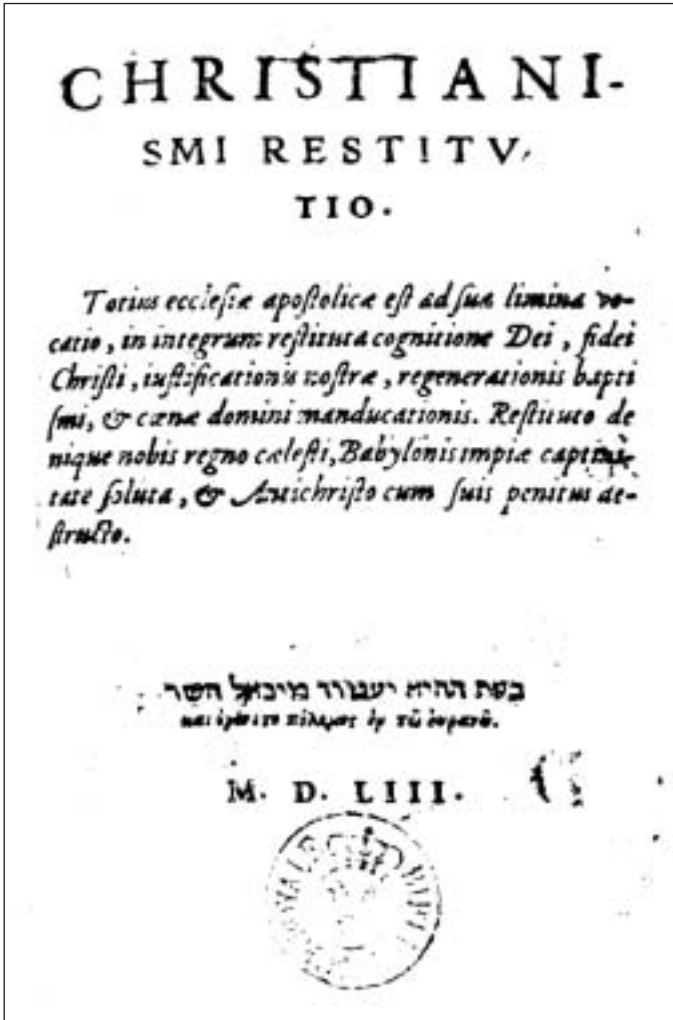
DE IVSTICIA REGNI CHRL
sti, Capitula Quatuor.

PER MICHAELEM SERVETO,
aliàs Reues, ab Aragonia
Hispanum.

Anno M. D. XXXII.

Portada de "Dialogorum de Trinitate".

siva de la verdad; sin tener en cuenta que de no admitir algún tipo de elaboración doctrinal, conceptual o teológica, pretender mantener conjuntamente el monoteísmo, sin negar la divinidad de Cristo y la del Espíritu, como es su caso, supone un solapado o manifiesto triteísmo, una negación implícita de la divinidad del Hijo, o una absoluta irracionalidad o contradicción irresoluble.



Portada de "Chistianismi Restitutio", 1553.

Consciente de esta dificultad, e intentando vanamente ponerse a salvo de las evidentes e insuperables contradicciones de su planteamiento teológico, Servet elabora su propia racionalidad teológica y conceptual, aunque sea al margen de la expresada en la tradición eclesial, por considerarla corrupta por estar plagada de conceptos filosóficos. La solución que adopta

para compaginar monoteísmo y divinidad de Cristo, intentado salvar una supuesta racionalidad, es conceptualizar también él, recurriendo a las antiguas elaboraciones y explicaciones filosófico-teológicas, instrumentadas y propuestas, en los primeros siglos de la elaboración de la doctrina trinitaria: modalismo, sabelianismo, patripasianismo, panteísmo, unitarianismo. Soluciones, que se habían ido proponiendo a lo largo del proceso teológico y marginando sucesivamente, por considerarlas todas y cada una de ellas, como insuficientes e insatisfactorias, para determinar y precisar la verdadera divinidad de Dios, de Jesucristo y del Espíritu, iguales en su esencia y diferenciables, cada una, en su acción y relación salvífica con nosotros.

Racionalismo

El racionalismo que caracteriza las especulaciones teológicas servetianas, es el típico del Renacimiento, con su tendencia naturalista y cientifista. Un neoplatonismo que le va a conducir a un cierto tipo de predominio de la razón, en la interpretación de los dogmas teológicos, anticipándose de este modo, en algunas décadas, a las teorías, de Giordano Bruno (1548-1600) y en un siglo a las de Baruc Spinoza (1632-1677), por no mencionar al racionalismo y positivismo de siglos posteriores, de cuyas exigencias todavía no nos hemos liberado plenamente.

Por otra parte, también se pueden apreciar en Servet las ideas fundamentales del anabaptismo, en gran parte coincidentes con las de la Reforma; aunque, sin duda, más radicales. En primer lugar, la pretensión de instaurar una reforma radical en la Iglesia, según el imaginado modelo del Nuevo Testamento, que ya venía manifestándose desde el siglo XII; además, el convencimiento de la inspiración interior y del contacto libre e inmediato con Dios, a través de Cristo, sin intermediación de instituciones y rituales, que llevará a anteponer a la misma Biblia. También, el recurso a la Biblia como referencia fundamental para el conocimiento de la verdad sobre Dios, con el consiguiente rechazo de las elaboraciones teológicas realizadas a lo largo de los siglos.

Milenarismo

Servet se considera especialmente elegido por Dios para la difusión de una nueva interpretación del ser único de Dios, según las Escritu-

ras²². La elección de Dios la fundamenta según su convicción personal de la proximidad del fin del mundo, el regreso inminente de Cristo, y su reinado de los mil años. De este modo se convierte, nuestro personaje, en corifeo de la antigua doctrina milenarista, basada en una interpretación literal de algunos textos bíblicos, según la cual, Cristo debería volver de nuevo a este mundo, para establecer un mesianismo temporal de mil años de duración²³. Servet es lo suficientemente preca-

²² Así se expresa, Servet, justo en las primeras páginas de su *Christianismi Restitutio*: “Concede, Cristo Jesús, ahora a quien te lo pide, tu buen espíritu y tu palabra eficaz. Dirige mi mente y mi pluma, para que pueda cantar la gloria de tu divinidad y expresar la verdadera fe acerca de ti. Tuya es esta causa de exponer la gloria que has recibido del Padre y la de tu Espíritu, causa que me fue encomendada por un cierto impulso divino para que la defendiese yo, que estaba celoso de tu verdad. Comencé esta tarea en otro tiempo, y ahora de nuevo me siento movido a proseguirla, pues ya se ha cumplido el plazo, tanto por la evidencia del tema, como por los indiscutibles signos de los tiempos”. *Christ. Rest.* 4.

²³ Según unos supuestos cálculos precisos, que él pretende fundamentar en textos del Apoc. 11-13; Dan. 7,25; 12,7-12, el final de todo habría de llegar, o bien el año 1565 o el 1585. Así lo expone en uno de los seis tratados en que se divide su última obra: *Christianismi Restitutio*, 388-410. Y vuelve sobre ello en *Signa sexaginta. Los sesenta signos del Anticristo y su realización, presente ya*. Para sus cálculos, se basa en añadir los 1260 años del texto, que él interpreta como un exacto punto de referencia cronológico; bien a la fecha bien del Papa Silvestre y del Emperador Constantino, o bien a la del concilio de Nicea, del año 325, fechas, ambas, determinadamente negativas, según él, para la historia del cristianismo. Lo expone de este modo: “Señal de los mil doscientos sesenta años, en el que tan bellamente coinciden Daniel y Juan. Aunque el misterio del Anticristo comenzó inmediatamente después de Cristo, sin embargo se manifestó verdaderamente y quedó establecido en tiempos de Silvestre y de Constantino, cuando en un concilio ecuménico nos arrebataron al Hijo de Dios, se nos fugó la Iglesia y se concretaron en leyes y decretos todas las abominaciones. De este período ya han pasado “tiempo, y tiempos, y medio tiempo: mil doscientos sesenta años,” (decimoséptima señal). En esta misma opinión insiste todavía, en términos muy polémicos, en el último de los tratados independientes que componen la obra que citamos: “la Apología contra Felipe Melancthon y sus colegas sobre el misterio de la Trinidad y las costumbres antiguas, cuando afirma: Como ya lo he demostrado suficientemente en las sesenta señales de la defección de la Iglesia y de que la verdad iba a perecer muy pronto después de la predicación de los apóstoles, sacadas de las palabras de Cristo mismo y de sus discípulos. Extraña ha sido siempre esta romana lascivia de mandar sobre los cuerpos y las almas de los hombres, aun antes de imponerse sobre todas las otras iglesias. Pero no se fugó la verdad del todo hasta que comenzó el reino de la Bestia, durante el cual triunfaron ya totalmente las ilusiones del Anticristo, esos tres espíritus demoníacos que, según enseña la revelación de Juan, prevalecerían en él. Con asombrosos ardidés del dragón, la gran prostituta Babilonia que en tiempos ocupaba las provincias del orbe, así obró luego su misterio de iniquidad entre las iglesias dispersas, solicitando la primacía del mundo entero, tanto que como Dios se sienta en le templo de Dios, el Anticristo”.

vido como para no mencionar ninguna fecha precisa, pero estaba convencido de que era inminente el día, “en que después de la caída de la impía Babilonia, llegaremos, cantando alleluyas, a las fuentes de agua viva y a las bodas del Cordero”²⁴.

Procedían estas doctrinas, de los escritos de Joaquín de Fiore, que habían alimentado la mayor parte de las fantasías apocalípticas de la baja edad media, y más tarde al anabaptismo. Esta visión milenarista de la historia, constituye el principal punto de encuentro de Servet, con aquellos grupos sectarios, cuyo apocalíptico fanatismo de oposición y rechazo de la iglesia romana compartía totalmente; aunque sin el violento radicalismo de Thomas Müntzer, el principal promotor de la guerra de los campesinos²⁵.

*Modalismo*²⁶

La insatisfactoria solución arbitrada por el modalismo, resucitada por Servet, consistía en entender a Cristo, no tanto como persona, cuanto como un “modo” de la actividad divina. Según esta teoría, el único Dios, actuaría y se manifestaría unas veces como Padre, otras como Hijo y otras como Espíritu. Así, entendía Servet, se salvaguardaba la unidad de la divinidad; aunque posiblemente no fuera consciente, de que con esta, tan antigua como falsa solución, la humanidad de Jesús quedaba seriamente comprometida, por no decir irremisiblemente perdida. El modalismo servetiano, se convierte en el conocido error subordinacionista, cuando su doctrina parece decantarse por la solución que ya había propuesto, en

²⁴ *Christ. Rest.* 535.

²⁵ El milenarismo, en cuanto interpretación de la Escritura, se difundió en los primeros siglos cristianos, pero muy pronto fue desacreditándose y perdiendo vigencia, contribuyendo a su desautorización, personajes como san Gregorio Nacianceno, san Epifanio, san Jerónimo o san Agustín; el mismo santo Tomás de Aquino la llegó a calificar de herejía.

²⁶ Antigua herejía originada en Roma en el siglo III, atribuida a Sabelio, de ahí su nombre, y condenada por el papa Calixto, hacia el 220. Según esta reflexión teológica, en Dios sólo existe una única persona, (monarquianismo), que se manifiesta en tres operaciones diferentes: como Padre en el A.T, como Hijo en la encarnación (patripasianismo), o como Espíritu santo en Pentecostés y en la santificación eclesial. Con esta doctrina se niega o se reduce a mera función y no a presencia personal, la economía trinitaria. La lucha contra el sabelianismo y el modalismo estuvo muy presente, a partir del siglo IV y particularmente en el primer concilio de Nicea.

la antigüedad Pablo de Samosata (s. III), que consistía en diferenciar el Verbo, de la persona de Jesús. El Verbo sería eterno, no así Jesús.

Se expresa, Servet, en términos, que pueden ser calificados como netamente modalistas, sabelianos y panteístas. Y sin embargo, para él, la afirmación de esas doctrinas, no son sino el procedimiento con el que cree poder evitar la acusación de antitrinitario. El modalismo, por ejemplo, que aparece sistemáticamente en sus escritos, según el cual, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, no son sino manifestaciones diversas de una única persona divina²⁷, quieren ser, según él entiende, la solución que le permite compaginar la unicidad de Dios, en una triple manifestación. Podría afirmarse que Servet, no es antitrinitario, además de modalista; sino que lo es, intentando, vanamente, no caer en el antitrinitarismo.

Panteísmo

Algo semejante podría afirmarse del discutido panteísmo servetiano. Las reiteradas afirmaciones, con ese contenido, representan el procedimiento que él cree haber encontrado, para matizar su doctrina antitrinitaria, consecuencia de su modalismo sabelianista. Dios se manifiesta en el Hijo y en el Espíritu santo, lo mismo que puede manifestarse en todas las realidades humanas y mundanas²⁸.

²⁷ “Hay un modo divino principal y principio de todos los demás. Es el modo de plenitud de sustancia, modo divino sin medida, realizado sólo en el cuerpo y en el espíritu de Jesús el Cristo. Modo doble, de ahí que se hable de dos personas. Ambos son sustanciales, esenciados de todo. Hay otro modo divino, según le medida de donación del espíritu. *Christ. Rest.*, 129. Un modo divino y sustancial es el Espíritu santo, modo eterno en Dios y plenitud de Dios en Cristo. Modo eterno que estaba en Dios, como una preformación en su mente. En resumen y para concluir, puede definirse al espíritu santo en pocas palabras así: El Espíritu santo es un modo sustancial divino, adaptado al espíritu del ángel y del hombre. Aunque el Espíritu santo constituye una unidad con esa criatura de espíritu santificada que hay en Cristo, sin embargo, hay que entender que en sí mismo es pura deidad”. *Crist. Rest.* 186-187.

²⁸ Llegamos así a una conclusión apuesta a la de los sofistas trinitarios, pues ellos ponen tres entidades metafísicas e invisibles en una sola esencia y naturaleza, como si en punto hubiese tres puntos, en cambio, decimos que hay una sola realidad, pero que tiene la esencia de infinitos millares y la naturaleza de infinitos millares. Más aún, no sólo es innumerable Dios en virtud de las cosas a las que comunica su deidad, sino que también lo es en virtud de los modos de su misma deidad. De momento, y tratando de describir sencillamente la esencia de Dios conforme al último de los modos que hay ahora en cada una de las cosas, afirmamos que la esencia de todas las cosas es Dios mismo. Dios mismo es la totalidad y el conjunto de todo. Dios nos sostiene y

Intentando fundamentar su afirmación monoteísta de la unicidad de Dios, que suponía implícitamente la negación de la Trinidad, elabora Servet un sistema doctrinal, en el que resulta difícil discernir, hasta qué punto era consciente de estar reafirmando, revitalizando y haciendo resurgir de sus cenizas, impresiones conceptuales, errores y herejías, que ya habían sido definidos y calificados como tales en los primeros siglos cristianos.

Anabaptismo

El anabaptismo de Servet se expresa, especialmente en sus rasgos milenaristas, ya descritos, así como en el alumbradismo característico de todo este grupo de radicales reformadores, que llegan a anteponer el contacto directo con el Espíritu, a la misma autoridad de la Escritura. La exigencia de volver a bautizar a quienes lo hicieron de niños, por considerarlo privado de fe válida y personal, debería considerarse un rasgo menor de su heterodoxia.

Unitarianismo y socinianismo

Servet nunca entendió pudiera ser considerado como hereje, cuando sólo pretendía ser reformador, limitándose a proponer una reinterpretación del dogma de la Trinidad, dentro de lo que él considera la verdadera tradición de la iglesia, y más acorde con los textos de la Escritura. Paradójicamente, sin embargo, muere como hereje y apenas si encuentra audiencia como reformador, ni encontró, tampoco, seguidores de sus enseñanzas.

De algún modo, sus escritos pudieron contribuir al resurgir del unitarianismo, pero no puede decirse que él tuviera particular simpatía por las ideas unitarias, muy difundidas en su tiempo. Modernamente bajo

nos lleva (Is. 46 y 63). El da vida a todas las cosas (1 Tim. 6). En él vivimos, nos movemos y somos (hech.17). Todo consiste en él (Col.1). Todas las cosas existen en él, él les da el ser, y a cada forma le da su ser formal. En su esencia y contenido las ideas de todas las cosas, hay como una parte formal de todas ellas, lo que vale de una manera especial de nosotros; por eso se dice que somos partícipes de la naturaleza divina. Él es parte de nosotros, parte de nuestro espíritu, de modo que por la posesión divina y celestial podemos decir con razón: El Señor es mi parte, mi lote de herencia (Sal. 15 y 72). *Christ. Rest.* 129.

esta denominación, se agrupan diversos grupos surgidos históricamente en medios reformados y anabaptistas, que tienen en común un marcado racionalismo, como criterio último de la verdad, y coincidentes en poner en duda el dogma de la Trinidad; desde la perspectiva de que todos los dogmas contrarios a la razón, deben ser considerados como no revelados por la Biblia. En este punto, precisamente, coinciden con los planeamientos de Servet.

Los actuales unitarianos, también conocidos como socinianos²⁹, además de la negación del dogma de la Trinidad, tienen como característica específica, la absoluta racionalización de las verdades de la fe cristiana, reduciendo a la mínima expresión los contenidos revelados y sobrenaturales. La Biblia, considerada como depósito único de la fe, debe ser interpretada siempre a la luz de la razón natural, como último criterio de juicio y de verdad, con exclusivos métodos filológicos de cuño clásico erasmiano, bultmaniano, como diríamos en nuestros días.

Condena calvinista de antitrinitarismo

No le resultó difícil a Calvino reconocer la verdadera identidad del autor de aquella desafiante publicación, recién editada, anónima, sin editor, ni pie de imprenta, y con un provocativo título: *Cristianismi Restitutio*, que pretendía ser una respuesta a la *Institutio* publicada por él mismo. Para ello, le hubieran bastado las iniciales que aparecían al final de la obra. M.S.V. (1553), así como las dos elocuentes referencias, que aparecían igualmente debajo del subtítulo de la obra en hebreo y griego respectivamente: “Y apareció Miguel en el cielo” “Y se desató una lucha en el cielo”. Calvino, para identificarlo ante el tribunal inquisitorial, se sirvió de las treinta cartas que le había dirigido el propio Servet, y que ingenua e intencionadamente aparecían ahora incorporadas en esta obra, con lo que el reformador ginebrino se sintió personalmente interpelado. Tampoco le resultó excesivamente penoso, al Consejo Ginebrino y a la inquisición calvinista, sentenciar a Servet como reo de herejía.

²⁹ Seguidores de las doctrinas antitrinitarias de los nobles italianos, Lelio (1525-1562) y, sobre todo, su sobrino Fausto Socini (1539-1604), de donde se deriva la denominación.

Muere nuestro personaje, sentenciado en la hoguera calvinista, por antitrinitario y anabaptista³⁰. No eran, sin embargo, como hemos señalado, las únicas imprecisiones teológicas, en su pensamiento. Ginebra, sin embargo, pretendía sólo destacar las acusaciones que más fácilmente pudieran aunar las aspiraciones purificadoras, de aquella ciudad teocratizada. La confesión trinitaria resultaba una de las pocas verdades del credo apostólico, que había quedado incólume en la vorágine de la reforma, afirmada tanto por los católicos romanos, como por los luteranos y reformados. El anabaptismo, por su parte, había evolucionado, por aquellas mismas fechas, hacia actitudes radicales, originando violentos enfrentamientos sociales, de infausta memoria.

Fue, la Inquisición calvinista, la que tuvo el triste privilegio de ejecutar una sentencia, que las otras inquisiciones no mostraron tan solícito celo por llegar a hacer efectiva. Ocurrió en la hoguera de la ciudad de Ginebra, sobre la colina de Champel, en la mañana del viernes 27 de Octubre de 1553.

El antitrinitarismo de Servet, había aparecido manifiesto, tanto ante católicos como ante reformadores, desde su primera obra de juventud. No resulta extraño que fueran tres las inquisiciones que anduvieran tras él; o más bien, tras las huellas de su verdadera identidad, que él mismo trataba de ir ocultando, especialmente en sus publicaciones de contenido teológico. La inquisición española se había interesado por él, desde 1532, a raíz de la publicación de sus dos primeras obras sobre la Trinidad, que el propio Servet, envió al arzobispo de Zaragoza³¹, co-

³⁰ La sentencia capital contra Servet, del Consejo ginebrino, en un intento, al menos formal, de estricto puritanismo, pretende ajustarse al viejo código de Justiniano, con la formulación de al menos dos cargos castigables con tal pena, y que en este caso van a ser los de antitrinitarismo, y su oposición al bautismo de niños, o anabaptismo. Para entonces, la Inquisición francesa del Delfinado, que también la había condenado meses antes; por ausencia del reo, tuvieron que conformarse con quemarlo, en efigie, junto con los ejemplares que pudieron encontrar de su recién publicada obra *Christianismi Restitutio*.

³¹ Los inquisidores del Supremo, no perdieron tiempo, el 24 de Mayo de 1532, envían instrucciones desde Medina del Campo a los de Zaragoza, lugar de origen de Servet, según consta en la portada de la edición de su primera obra *De Trinitatis Erroribus*, publicada en Hagenau en Alsacia, a 30 kilómetros de Estrasburgo, por el impresor Johannes Setter (Secerius), al aparecer, con toda ingenuidad, todos los datos del autor del libro, incluso lugar de nacimiento y apodo familiar, *Per Michaellem Serveto, alias Reves/ Ab Aragonia, Hispanum/ Anno MDXXXI*. Las

mo primicias, de lo que él entonces imaginaba, una importante aportación teológica. Investigación inquisitorial, que no obtuvo, entonces, ningún resultado, ya que el resto de sus obras fueron publicadas fuera de su jurisdicción y siempre bajo otras identidades, de modo que se llegó a perder su pista.

Más adelante, ya en el mes de marzo de 1553, el último año de su vida, y a raíz de la publicación clandestina, en las cercanías de la Viena francesa, de su obra definitiva: *Christianismi Restitutio*, es cuando se produce la acusación de Calvino, desde Ginebra, al Gran Inquisidor General de Francia, Mateo Ory, en la que descubre la verdadera identidad de Servet como su autor³². Ante tales evidencias, a primeros de abril, fue decretada la prisión, de quien aparecía como prestigioso médico del arzobispo de Viena, en el Delfinado francés. Antes de concluir el proceso inquisitorial, que hubiera puesto también en entredicho a su protector, extrañamente el reo consigue fugarse de la prisión, evidenciando con ello su autoría y culpabilidad. Declarado reo de herejía escandalosa y de la hoguera, en sentencia dictada el 17 de junio de 1553, y ante su paradero desconocido, las autoridades francesas tuvieron que conformarse, con ejecutarlo simbólicamente y quemarlo en efigie.

Servet, muere convencido de no ser sino un defensor de la primordial y absoluta unicidad Dios, aunque para ello haya tenido que reformular, desautorizar, contradecir y poner en entredicho las afirmaciones

instrucciones contienen una extensa relación de preguntas para averiguar la identidad, edad, procedencia, lugar de estudios, etc. del tal Serveto. Más adelante, una vez conocidos los primeros datos, se tiene noticia, por otra carta del Consejo Supremo de la Inquisición, que se intentó, aunque sólo se tiene noticia del resultado infructuoso, que un hermano de Servet, el clérigo Juan, capellán del arzobispo de Santiago, contactase en Alemania con su hermano, el presunto hereje, para atraerlo a la recta doctrina: “*Encargo que mucho importa al servicio de Dios, y sus Majestades y a la honra de nuestra nación española*” (A.H.N. Inquisición, libs.321-322).

³² Como prueba de la verdadera autoría, Calvino conservaba no sólo el ejemplar manuscrito de esta obra, que, en su edición, sólo aparecía identificada por tres grandes iniciales: *M.S.V.* colocadas en la última página, sobre el año de edición, 1553 y sin más detalles de imprenta, o ciudad de impresión; sino que el reformador ginebrino, conservaba igualmente, las *Treinta Cartas*, que el ingenuo Servet, le había dirigido durante casi tres años y que, ahora, aparecían incluidas en la publicación. Documentación que el reformador Calvino no tiene inconveniente de poner a disposición de la Inquisición católica. Así se hacía pública la identidad de quien se ocultaba tras las enigmáticas siglas (*Michel Servet Vilanovanus*), ya que a esas alturas del proceso, todavía no se relacionaba al Vilanovanus con nuestro Servet.

trinitarias, que según él, no podían mantenerse en el fundamento exclusivo de las Escrituras, ni podían ser presentadas como herederas del cristianismo original y sólo respondían, siempre según su particular modo de entender la historia y la tradición teológica, a especulaciones de la filosofía griega³³.

Reivindicación servetiana

Consecuencia, en cierto modo inevitable de su muerte testimonial, víctima de sus ideas, mantenidas testimonialmente hasta el último momento, en la hoguera de Ginebra, de la que hoy mismo conmemoramos los 450 años; es que todavía en nuestros días, resulte difícil una aproximación desapasionada y objetiva a la personalidad, a la obra, a los escritos, a la doctrina y a las afirmaciones servetianas. O bien se es partidario incondicional y entusiasta de Servet, o por lo contrario, pudiera parecer que lo condenásemos nuevamente a la ignominia de la hoguera.

Incluso admitiendo, que Servet era un representante excepcional del humanismo de su tiempo, hemos de reconocer, que el rechazo que nos produce la condena inquisitorial calvinista, puede llevarnos a sobredimensionarlo y a presentarlo, como un personaje único en todos los ramos del saber, tratados por él a lo largo de su vida. En medicina, se le exalta como el más insigne conocedor de la anatomía humana. Y entre los farmacólogos deberá afirmarse que es su primer sistematizador, y para los geógrafos el iniciador de la moderna cosmografía. Por otra parte, el hecho de que mantuviera una actitud crítica ante la auto-

³³ Servet, sin embargo, no tiene inconveniente en apoyar sus afirmaciones, que justifiquen el diferente uso que él hace de la terminología tradicional sobre la trinidad, como persona, esencia, sustancia, en una serie diversos autores, como Filón, Porfirio, Proclo y Plotino, representantes de una filosofía alternativa. Da crédito, incluso, a una literatura como la representada por el *Hermes Trimegistos*, así como el resto del *Corpus hermeticum*, muy difundida en el renacimiento, y que, erróneamente, él considera revestida con la autoridad de la primitiva literatura cristiana. Según Servet, el dogma de un Dios en tres personas no encuentra ningún fundamento en la Biblia, además resulta perjudicial a la fe, porque impide el propagarla entre judíos y mahometanos. Afirma que antes de él, el tema trinitario resultaba ajeno a las preocupaciones intelectuales de su tiempo, aunque ya se había planteado desde el Concilio de Nicea, en el que define como el *Sylvestrino seculo*, cuando, según él, se produce la invasión del Anticristo.

ridad de la iglesia romana, y un obstinado enfrentamiento con el resto de sus contemporáneos reformadores, ya es mérito suficiente para que deba ser considerado, por algunos, como el más grande de los teólogos y sus todas sus elaboraciones teológicas, mitificadas como indiscutibles.

Reconocidos los méritos indiscutibles de las aportaciones servetianas, en tantos ámbitos a los que dedicó su vida, y muy particularmente el de su inquietud teológica, en lo que consideraba un intento por salvar la exclusiva unicidad divina, ratificada con el testimonio de su muerte; quizá haya llegado el momento de intentar una más objetiva y ecuánime rehabilitación de su persona, y de su doctrina, redimensionada a sus verdaderos límites y condicionamientos.

Conclusión

En cierto modo resultaría frívolo y hasta injusto, por nuestra parte, hacer alarde y pretender una mayor precisión conceptual y mejor sistematización teológica, al enjuiciar la obra y los escritos de un testigo como Servet, desde la perspectiva que nos proporcionan cuatro siglos y medio de historia y de elaboración teológica, y desde la cómoda situación que nos proporciona el vivir instalados en una época menos pasional y más ecuménica que aquella del renacimiento, aunque, posiblemente, también menos testimonial y más relativista. El mérito de Servet, fue habernos legado el testimonio martirial de un cristiano, apasionado del conocimiento de Dios y de Jesucristo. Pasión, búsqueda, y seguimiento de auténtico discípulo, a cuyo seguimiento dedicó buena parte de su inquietud intelectual y la práctica totalidad de su vida, en el difícil momento histórico que le tocó vivir.

Lo que con toda certeza se puede afirmar de nuestro protagonista, a pesar de sus abundantes expresiones polémicas y de sus invectivas antipapistas, y de su abierta oposición a la iglesia romana, tan frecuente, por otra parte, en los ambientes humanistas y reformados de su época, a pesar de las imprecisiones teológicas, e incluso de los errores doctrinales y de interpretación exegetica, a pesar de la escasa valoración que manifiesta hacia la tradición eclesial, difícilmente pudiera ser considerado, Servet, formalmente hereje. Nunca pretendió serlo. Nunca hubiera podido ser condenado como tal, en un juicio más ecuánime y me-

nos presionado, que el de Ginebra. Materialmente, sí podía afirmarse que negaba el dogma de la Trinidad, pero su verdadera intención era, la confesión primordial del Dios único, trascendente y eterno. Su anti-trinitarismo, más literario que formal, no es sino la reinterpretación doctrinal que él mismo elabora, para hacerla compatible con la unicidad de Dios. Por otra parte, sus afirmaciones de contenido modalista y panteísta, también habría que calificarlas de meramente procedimentales, pues representan sólo el recurso conceptual, que entiende Servet, le permiten hacer racionalmente compatible la afirmación de la divinidad de Cristo, con el irrenunciable monoteísmo de la fe cristiana.

La desgracia de Servet, por expresarlo coloquialmente, es la de haberse encontrado en el lugar menos apropiado, y en el momento más desafortunado. El momento histórico en que transcurre la vida de Servet, coincide con una época convulsa, insegura y desgarrada, densa de puritanos antagonismos y de obsesivas ortodoxias. La ciudad teocrática de Ginebra, el feudo calvinista, en el que acabó refugiándose fue la circunstancia, que en definitiva, resultó para él, determinante y fatal.

Muchas incógnitas deja abiertas la doctrina servetiana: temas doctrinales esbozados y nunca concluidos, métodos exegéticos excesivamente subjetivos, escasa valoración de la más genuina tradición eclesial, importantes contradicciones teológicas, dialéctica apasionada, falta de rigor y de orden sistemático. Pero por encima de todo queda su obra, su doctrina, y la coherencia doctrinal de su testimonio, hasta el último suspiro: "Cristo, Jesús, Hijo del Dios eterno, ten misericordia de mí".

Lo cierto es, que aparecen en los escritos de Servet, expresiones de una piedad sincera, e incluso auténticos rasgos de auténtico misticismo, que resultaría injusto ignorar. Así queda reflejado en tantas páginas y muy especialmente en el pórtico de su última obra³⁴. Así como tam-

³⁴ "¡Oh Cristo Jesús, Hijo de Dios, que habiéndonos sido dado del cielo, descubres de una manera visible la divinidad revelada en ti mismo! Manifiéstate a tu siervo para que quede bien patente tu revelación. Concede ahora a quien te lo pide tu buen espíritu y tu palabra eficaz. ¡Oh Cristo Jesús, no me abandones, siervo tuyo que trabaja en esta causa, agobiado por el terror de mis enemigos y por mis penas. Pues te pido el consuelo y la fuerza de tu buen espíritu, concédemelos. Dirige mi mente y mi pluma para que pueda cantar la gloria de tu divinidad y expresar la verdadera fe acerca de ti". *Christ Rest.* 4.

co debería minimizarse, en honor de la verdad, su incontenible pasión por la persona y divinidad de Cristo³⁵.

La hoguera convierte la muerte de Servet, en un gesto de una grandeza incomparable. Muere como auténtico cristiano, testigo íntegro de su fe. El testimonio de su muerte, hace que su vida y su doctrina, adquieran una dimensión, que quizá, de otro modo, nos hubieran pasado desapercibidas.

Comenzaba esta reflexión conmemorativa, refiriéndome a Servet, como un personaje apasionante, enigmático, desconcertante e inabarcable. Quisiera terminarla, con la valoración, también apasionada, ciertamente, de quien por ser traductor de su obra fundamental: *Cristianismi Restitutio*, está considerado como uno de los mejores conocedores de su personalidad y su doctrina. “La obra de Servet representa, posiblemente la más radical de las utopías de todos los tiempos, escrita en aquel fecundo siglo XVI, siglo rico en toda clase de ellas. En sus enseñanzas, se refleja ese rostro melancólico, esos ojos tristes, esa alma inquieta y atormentada del semiarcángelico y pugnante Miguel, libre como el cierzo de la tierra que le vio nacer, tesoneramente fiel a sus ideas, que le cuestan una vida joven y prometedora”.

³⁵ “Cristo Jesús, Señor y Dios nuestro tan bien conocido ya por tantos pasajes, nos estimula y conforta nuestro ánimo para que demos a conocer de ahora en adelante otros misterios aún mayores que quedan sobre él. Es nuestro objeto, y es el fin que aquí nos hemos propuesto, investigar el verdadero modo en que se llevó a cabo la manifestación de Dios y presentar a Cristo como meta en todas las cosas. Ahora, rasgado el velo del templo, nos es dado asomarnos con la cara destapada al santo de los santos, es decir, contemplar el rostro celestial de Cristo, que a ellos les estaba velado (2 Cor.3 y 4). No tenemos nosotros más velo, que la carne de Cristo, que encierra en sí sustancialmente toda la divinidad de su Padre (Heb.10; Col.2). Esta carne, desgarrada como un velo por los judíos en la pasión, al resucitar pone al descubierto su verdadera deidad y su gloria celestial”. *Christ. Rest.* 92, 97.

BIBLIOGRAFÍA

- Christianismi Restitutio*. Minerva G.M.B.H. Frankfurt, 1966 *Restitución del Cristianismo*. Ed. Ángel Alcalá. Fundación Universitaria Española, Madrid, 1980.
- SERVET M., *Treinta cartas a Calvino. Sesenta signos del Anticristo. Apología a Melancton*. Ed. Castalia, Madrid, 1981.
- FRIEDMAN J., *Michael Servetus. A case Study in Total Heresy*. Geneve, 1978.
- BAINTON R., *Servet, el hereje perseguido*. Taurus, Madrid, 1973.
- Mysterium Salutis*. Ed. Cristiandad, Madrid, 1969.
- La Trinidad en la tradición prenicena. Cristo revelador del Padre y emisor del Espíritu en las primeras generaciones cristianas*. Ed. Sec. Trinitario, Salamanca, 1963.
- NELLY J.N.D., *Primitivos credos cristianos*. Sec. Trinitario, Salamanca, 1980
- Pensar a Dios*. Sec Trinitario, Salamanca, 1997.
- FLORIO L., *Mapa trinitario del mundo. Actualización del tema de la percepción del Dios trinitario, en la experiencia histórica del creyente*. Sec. Trinitario, Salamanca, 2000.
- ABELLÁN J.L., *Historia crítica del pensamiento español*. Espasa Calpe, Madrid, 1979.